

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

EL MAR

He pasado gran parte del verano en el Mediterráneo, ese mar memorioso, en el que podemos rehacer las grandes rutas de nuestra cultura: Grecia, Israel, Roma, el islam. Como todas las realidades, el mar puede verse de muchas maneras. Hay, por de pronto, una actitud contemplativa. Al cabo de los años, colecciono amaneceres y atardeceres, que son momentos en que el mar se vuelve preciso y teologal. Comprendo que nuestros antepasados contemplaran esos fenómenos

con admiración y terror. “Tú apareces hermoso en el horizonte del cielo, oh, Atón vivo”, rezaban los egipcios dieciocho siglos antes de nuestra era. “¡Que el sol se levante para que nosotros vivamos!”, dice una antiquísima oración hindú. Pero el mar, además de gran escenario donde presenciar las epopeyas de la naturaleza, es la gran llamada a la aventura, el conjunto de rutas posibles, es decir, el reino donde la realidad y la posibilidad se unen. Cada puerto deja de ser un lugar aislado para convertirse en el comienzo o fin de una travesía, que lo enlaza idealmente con otro puerto. Cada puerto es el inicio o el fin de un proyecto.

Dejo el mar, pero me traigo a casa los proyectos. Animo a mis alumnos para que proyecten muchas cosas, porque son fuente de ánimos y de significados. También a ustedes les daré ese consejo. Pero

les advierto que el mero desear no es proyectar. He visto con demasiada frecuencia a personas que se sentían fracasadas porque no cumplieron una ensoñación que nunca pasó de ser eso. A una de ellas, que se quejaba amargamente de no haber sido médico, le pregunté: “¿Por qué no lo fuiste?”. Y me respondió: “Es que estudié letras”. Hacer proyectos es entregar a una idea el control de nuestra acción.

Creo que la libertad consiste precisamente en eso. Lo demás es un dócil entregarse a la casualidad. Hay dos obstáculos para proyectar. El primero, la depresión, que es un desplome total de esa facultad. El segundo, el estar angustiosamente atado al

LES ANIMO A HACER PROYECTOS, PORQUE TENER UN PROYECTO ES UNA FUENTE DE ÁNIMO Y DE SIGNIFICADO

presente. Quien tiene que luchar día a día por sobrevivir, tiene poca posibilidad de imaginar el futuro. Recuerdo una encuesta hecha en un poblado de Arabia Saudí. Al preguntar a los habitantes: “¿Qué haría si tuviera que trasladarse a una ciudad?”, la respuesta era: “No me voy a trasladar”. Por más que se les explicara que era un ejercicio de

imaginación, la respuesta era siempre la misma. Eran incapaces de pensar una situación diferente a aquella en la que vivían. Por eso me emociona profundamente y me parece un símbolo de la humanidad más briosa el gesto de los ocupantes de los cayucos. En una situación de terrible penuria, son capaces todavía de imaginar un proyecto que consideran salvador, y se entregan a la azarosa fuerza del mar para realizarlo.

Sentado ya frente al ordenador, reviso mis proyectos para el curso que empieza. El mes que viene comienza la Universidad de Padres que he organizado, y al que están ustedes invitados (www.universidaddepadres.es), mientras tanto, termino un libro sobre el poder. Hay también proyectos más íntimos, pero todos podrían resumirse en uno relacionado con la metáfora de este artículo: hacer navegable la realidad, hacer navegables las ideas, hacer navegable mi alma. El verano me ha puesto megalómano. ■



Raúl